

duras fluviales para conquistar otras tierras ó estuarios extranjeros; conocedores de su fuerza, no temían ninguna rivalidad. Desde el principio del siglo XII (en 1106), y sobre todo en las dos generaciones siguientes, viéronse colonias de desecadores y de cultivadores flamencos que formaban repúblicas ambulantes, que se apoderaban de los pantanos del país de Brema, y, en diferentes puntos, desde las orillas del Elba, llegaron luego hasta el Holstein, hasta las orillas del Oder, donde muchos campos conservan á través de los siglos el sistema de diques y de división de los terrenos establecido entonces, y donde antes de la revolución de 1848 se reconocían todavía restos de costumbres y del derecho flamenco ¹. Otras bandas penetraron también en Francia: se les ve trabajar en las orillas del Soma y del Sena, del Sevre, del Charente y del Gironda hasta en las Landas. Vense «pequeñas Flandes» diseminadas desde Dunkerque á Bayona por todo el litoral francés. En Inglaterra y en Escocia se encuentran también vestigios de establecimientos flamencos; nombres como Fordd Fleming en el sud del País de Gales, algunas costumbres locales, ciertos modos particulares de hablar y la vida distinta de varios habitantes revelan el origen extranjero ².

Como los brazos de mar, así también los pantanos, los espesos bosques, los desfiladeros, las rocas, las ásperas montañas y las nieves, en una palabra, todos los obstáculos de la Naturaleza que dificultan el ataque y facilitan la defensa, protegían las comunidades que habían quedado libres á pesar de las guerras feudales. Así fué como en el corazón de los altos valles de los Alpes, pudieron vivir apartados los Valdenses durante siglos; hasta se les hubiera olvidado allí si la necesidad de vivir no hubiera obligado á muchos de ellos á descender anualmente de sus cumbres para ejercer algún trabajo ó comercio lucrativo en las ciudades de las llanuras inmediatas. Entre las comarcas realmente independientes había algunas oficialmente reivindicadas por señores feudales y que, según los tratados y las convenciones, se distribuían á tal ó cual señor, pero no por eso dejaban de formar grupos autónomos, bien protegidos por sus bosques y sus montañas, sin otro lazo de dependencia con el personaje

¹ Avenet, *Des Colonies flamandes dans le nord de l'Allemagne*.

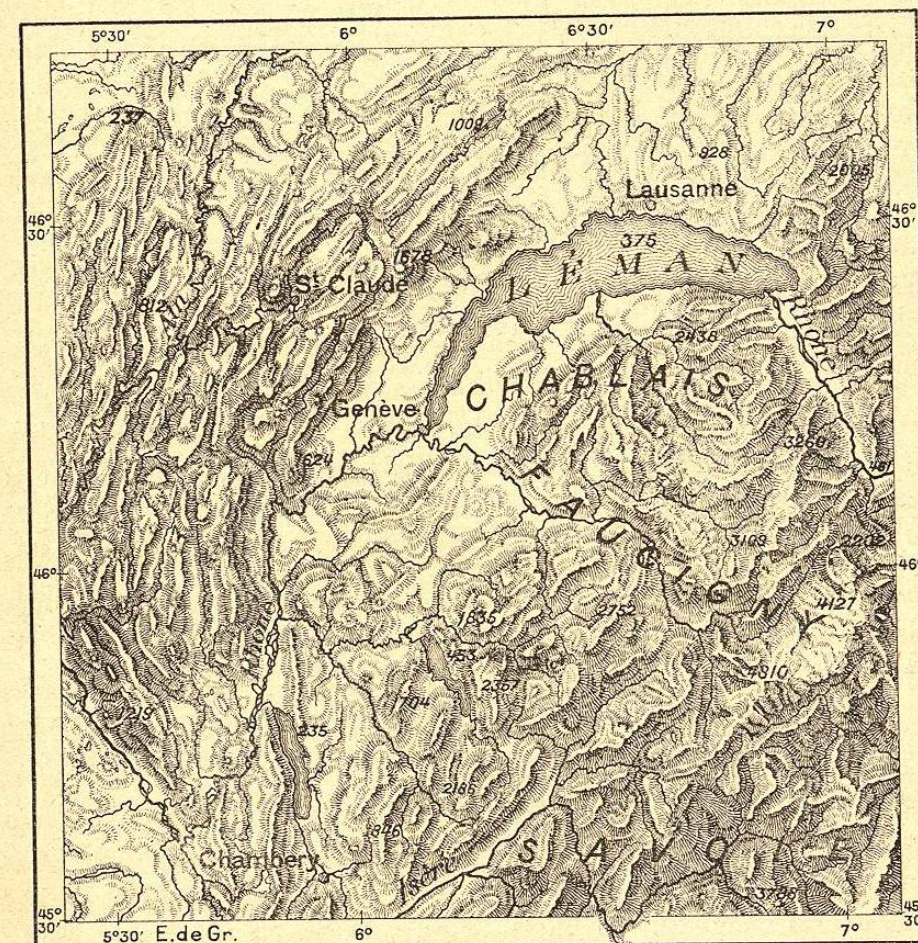
² Howard Read, *Journ. of the Manchester Geog. Society*, 1903.

oficial, conde, duque ó barón, que el homenaje anual de algunos productos de su industria y de las cultas fórmulas de buena amistad.

De ese modo, según los documentos de la Edad Media, Suiza se supuso que pertenecía alternativamente al imperio germánico, al

N.º 318. Ginebra y el boquete del Ródano.

(Véase página 20)



1: 1 200 000

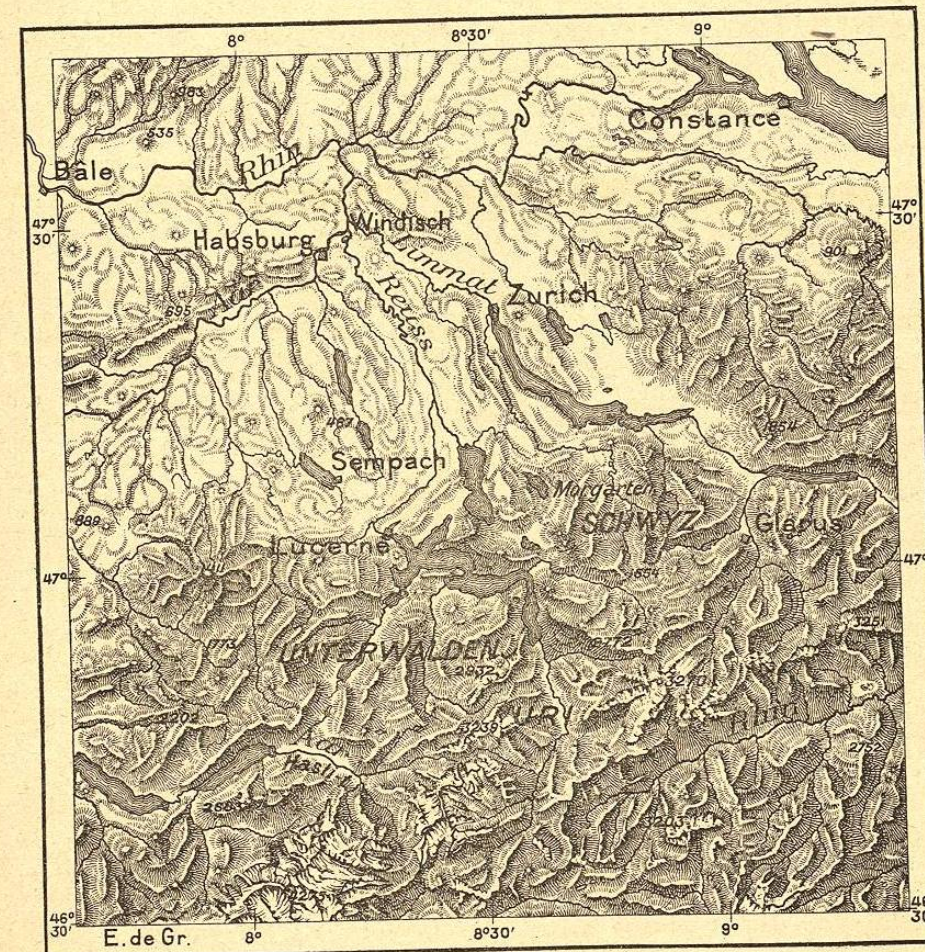
0 10 30 60 Kil.

reino de Arles, luego otra vez á Alemania: en realidad, el conjunto de la comarca se hallaba naturalmente dividido en gran número de gobiernos distintos, comunidades de montañeses, ciudades libres, villas señoriales y feudos mediatos é inmediatos. Según que los

territorios se hallaban más ó menos abiertos á la agresión, habían logrado mejor ó peor salvar su independencia, y también puede decirse de una manera general que la parte de Suiza inclinada hacia las llanuras alemanas fué en el transcurso de los siglos la más frecuentemente amenazada por la invasión; sin embargo, ciertos accidentes del territorio protegen algo los valles: el lago de Constanza y el furioso recodo del Rin forman una barrera transversal al norte de Suiza, y, más lejos, las alturas del Jura suabio, ampliamente extendidas entre el Rin y el Danubio, rechazaban á derecha é izquierda las expediciones guerreras. Las vías históricas han debido trazarse al Oeste por el valle que bordea el Rin entre los Vosgos y la Selva Negra, al Este por las regiones de las fuentes danubianas. En cuanto al gran camino de penetración en Suiza que las gentes del Norte, comerciantes, inmigrantes pacíficos ó soldados, podían alcanzar, sea indirectamente contorneando las montañas de la Germania meridional, sea directamente franqueando pasajes difíciles, esta vía se muestra claramente indicada por la Naturaleza en el valle del Aar, que comprende, con sus afluentes y sus lagos tributarios, todo el amplio espacio abierto en forma de triángulo entre los macizos de los Alpes y las cadenas del Jura. En esta región de llanuras suavemente onduladas, de praderas que alternan con bosques y rocas aisladas que se levantan acá y allá á la orilla de los ríos, halló el feudalismo un territorio favorable para su extensión, y el aspecto de las ciudades y de las villas revela claramente todavía el antiguo estado social de la comarca. Esta Suiza campestre, donde los barones habían instalado sólidamente el régimen aristocrático, cortaba así en dos la Suiza de las montañas con sus valles, cuyas poblaciones constituían por la fuerza de las cosas otras tantas pequeñas repúblicas, independientes de una parte y de otra. Los vallecillos prolongados del Jura quedaban separados de los valles tortuosos de los Alpes; únicamente al Sud se encontraban en punta á la extremidad sudoccidental del Lemán los dos sistemas orográficos, estableciendo de nuevo el acuerdo entre los regímenes sociales: Ginebra y el boquete del Ródano, rincón de tierra tan notable desde el punto de vista geológico, geográfico é hidrológico, lo es también respecto de la historia.

Hay otro distrito de Suiza de igual importancia en la sucesión de los acontecimientos que han determinado el equilibrio actual de Europa: la llanura donde el Aar, poco antes de su desembocadura

N.º 319. Primer núcleo suizo.



1 : 1 200 000

0 10 30 60 Kil.

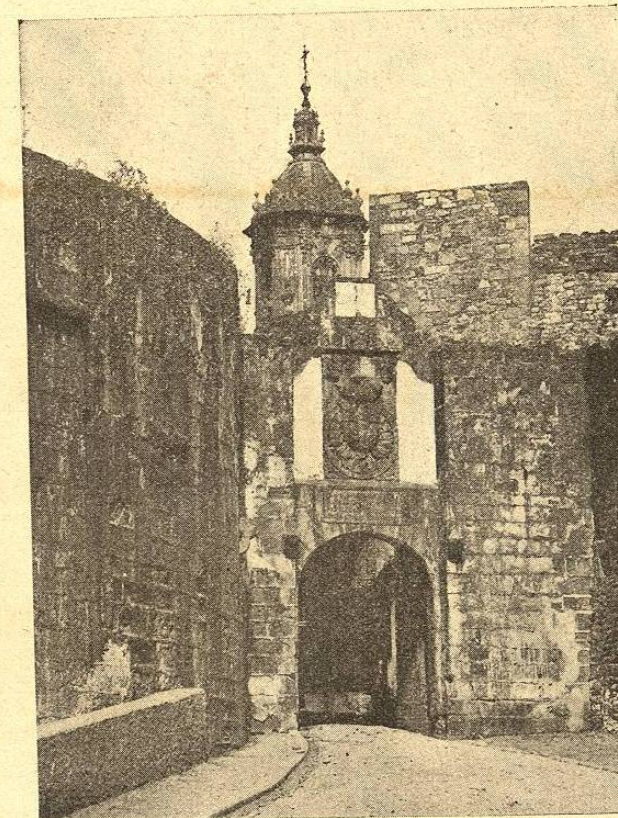
en el Rin, recibe sus afluentes de los Alpes centrales. En aquel punto fundaron los Romanos su ciudad militar, Vindonissa (Windisch), á donde convergían los caminos que bajaban de los collados alpinos, y esta misma posesión estratégica había de ser también utilizada por los Germanos: las ruinas del castillo feudal de Habsburgo, donde tuvo origen la familia imperial todavía reinante en

Austria, se elevan sobre los campos en que se extendía la ciudad romana. Pero en cuanto la fuerte mano de Roma cesó en la posesión de esta llave de todos los valles, de los cuales poseía también todos los pasos superiores y donde los ejércitos habían trazado amplias vías, los habitantes de cada valle distinto recobraron su autonomía natural; la conservaron durante los mil años de la Edad Media, porque las comunidades montañosas eran ya bastante poderosas para resistir los ataques de los señores cubiertos de armaduras que ascendían penosamente desde las llanuras bajas.

Esos barones solían presentarse, no obstante, más como clientes que como pretendientes al feudo. Atraídos hacia Italia, donde tantas ciudades suntuosas y tan ricas industrias solicitaban los ladrones, los señores alemanes necesitaban pastores de la montaña que les guiasen á través de las rocas y de las nieves; habían de pagar un derecho de pasaje con presentes, con promesas y frecuentemente con una parte del botín obtenido en el saqueo de las ciudades lombardas. De ese modo los valles centrales de los Alpes suizos, federados por sus intereses comunes, que consistían á la vez en resistir á la presión germánica y en utilizarla por un peaje regular, se constituyeron en un núcleo sólido, que podía servir de apoyo á las comunidades circunvecinas más amenazadas ó situadas en posición desventajosa. Al final del siglo XIII, en 1291, menciona la historia la primera asociación formal concluída entre los cantones «florestales» y el municipio burgués de Zurich; pero pronto fué necesario conquistar en batalla esa libertad que sólo obtienen los fuertes, y en 1315, todo un ejército de caballeros alemanes se presentó á estrellarse contra los palos puntiagudos, las hachas, las mazas y las piedras que manejaban los montañeses. La batalla de Morgarten comienza la historia cierta de Suiza, pero una historia legendaria se le ha agregado con el mito de Guillermo Tell, reminiscencia de las divinidades solares, que el celoso patriotismo helvético ha debido sacrificar aunque de mala voluntad.

Los Vascos ó Euscaldunac, que viven en el extremo occidental de los Pirineos propiamente dichos, y sobre las dos vertientes en España y en Francia, se cuentan también entre los pueblos de Europa que debieron su larga independéncia política y su rudo

amor á la libertad á la forma y al relieve de la naturaleza ambiente. Ocurre preguntarse en primer término por qué las repúblicas de esas montañas no se han conservado en los valles de la gran cadena central. Allá también las «universidades» ó municipios han conservado durante siglos su autonomía administrativa, y tal ó cual costumbre en des-acuerdo con las leyes ú ordenanzas de los dos grandes Estados limítrofes se observa fielmente en nuestros días; pero si en los grandes Pirineos no ha podido federarse ningún grupo de comunidades libres en una nacionalidad superior, á menos que se consideren los valles andorranos como merecedores de ser tomados seriamente por una personalidad política, se debe á que



Cl. J. Kuhn, edit.

PUERTA PRINCIPAL DE FONTARABIA

los valles están arrimados á una cresta superior demasiado alta, harto difícil de franquear, y á que están separados los unos de los otros por muros excesivamente elevados: cada uno de ellos era para sus habitantes una especie de prisión donde los soberanos de la llanura baja podían bloquearlos fácilmente. La unidad política no hubiera podido nacer de una serie de valles tan claramente aislados los unos de los otros y relativamente tan pequeños en comparación con las grandes cuencas fluviales que los limitan al Norte y al Sud, el Garona y el Aude, el Ebro y Segre.

En el país vasco, por el contrario, las montañas no eran bas-

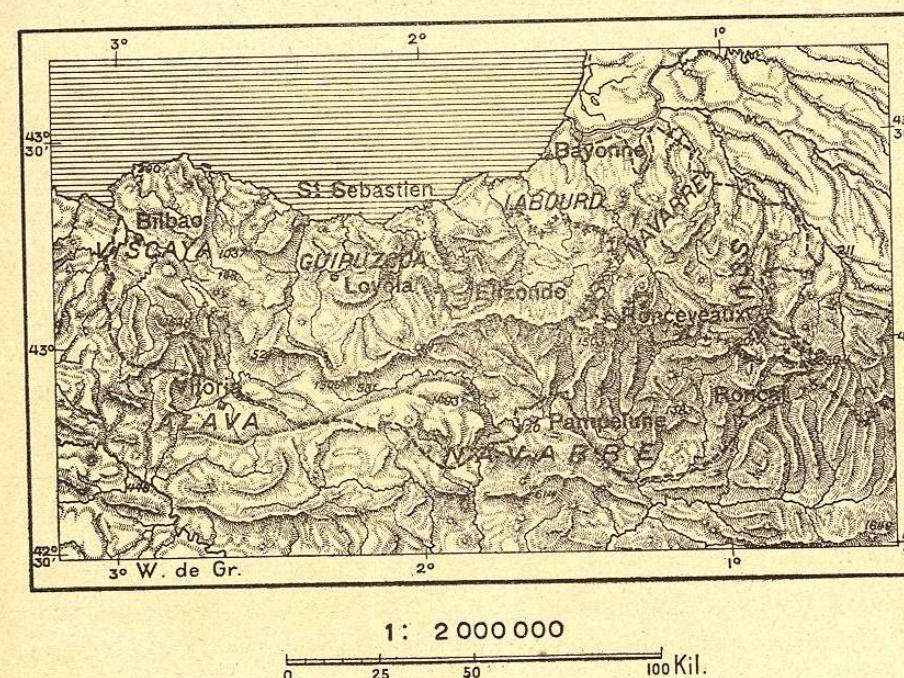
tante altas para hacer las comunicaciones difíciles entre Francia y España, entre el mar y la depresión del Ebro. Las tres provincias vascongadas «no forman más que una», como lo expresa la palabra simbólica de la federación, *Irurat-bat*; con frecuencia se han unido espontáneamente á Navarra. Costumbres, pasiones políticas y hasta la lengua en sus diversos dialectos se han conservado evolucionando de una manera independiente. En otro tiempo los Vascos fueron bastante fuertes para resistir con el mismo éxito, de un lado contra los Sarracenos, de otro contra los Francos de Carlomagno; en nuestros días, aunque políticamente unidos sobre una vertiente á Francia y sobre la otra á España, la línea de demarcación étnica se reconoce aún perfectamente entre Eúskaros y gentes de otro origen, Bearneses ó Castellanos.

Y se observa con admiración que esa resistencia se hace sin esfuerzo aparente, sin ataque á las costumbres pacíficas de la población. Mientras que en todo el contorno del Mediterráneo, los habitantes del litoral se vieron obligados á refugiarse en las ciudades, dejando la campiña desierta, y á rodearse de una cintura de murallas y de castillos para resistir á los ejércitos regulares y á las bandas de los malhechores y de piratas, las familias vascas prefirieron en todo tiempo vivir aisladas en algunos sitios bellos de su país de montes y colinas, á la sombra de una encina secular, árbol que simboliza la tribu y su antigua libertad. ¿De dónde venía á los Vascos esa hermosa confianza en sí mismos, más que de la Naturaleza que los protegió siempre? Y sin embargo, la vía mayor que de todo el resto de Europa conduce á España atraviesa necesariamente ese país euskaldunac, y si el pasaje frecuente de pueblos extranjeros no llegaron á destruir la nacionalidad vasca, débese á que se tenía interés en conservarla, en pedirle guía, más que en trazarse una vía sangrienta. Gracias á esos privilegios conferidos por el suelo mismo, ciertos municipios ó «universidades» vascas, como Roncal y Elizondo, han podido conservarse con unas instituciones que admiran por el sentimiento de la igualdad personal y la preocupación del bien público. Hasta en los territorios existentes en las estribaciones de los montes y en la llanura abierta al Norte, las ciudades bearnesas debían á la vecindad y al ejemplo de los Vascos la posesión de liberta-

des desconocidas á todas las demás comunidades urbanas de Francia.

Como Suiza y los Pirineos, los montes Ilirios, Montenegro y las ásperas regiones de la Albania nos muestran poblaciones republicanas igualmente determinadas en su formación por los rasgos del medio geográfico.

N.º 320. País Vasco.



La línea de rasgos interrumpidos limita el territorio fuera del cual no se habla más que francés ó español.

Las «Tres Provincias» son Guipúzcoa, Vizcaya y Alava; pero éstas no contienen más que las tres quintas partes de las poblaciones vascas; Navarra y el país vasco francés (Labourd, Baja Navarra y Soule) suministran cada una otra quinta parte. En todo, 500,000 ó 550,000 personas utilizan el euskaldunac.

En todas partes se observa la misma ley general, cualesquiera que sean las diferencias procedentes de la infinita diversidad del desarrollo humano en el espacio y en el tiempo. La Europa feudal presentaba en su vasta extensión mil contrastes que habían facilitado ó atrasado el establecimiento del poder de los señores y la jerarquía de los feudos. En diferentes comarcas no protegidas por estrecho, bosque ni monte, el grupo naturalmente formado por los aldeanos ó por los «campesinos» conservaba á pesar de todo su derecho co-

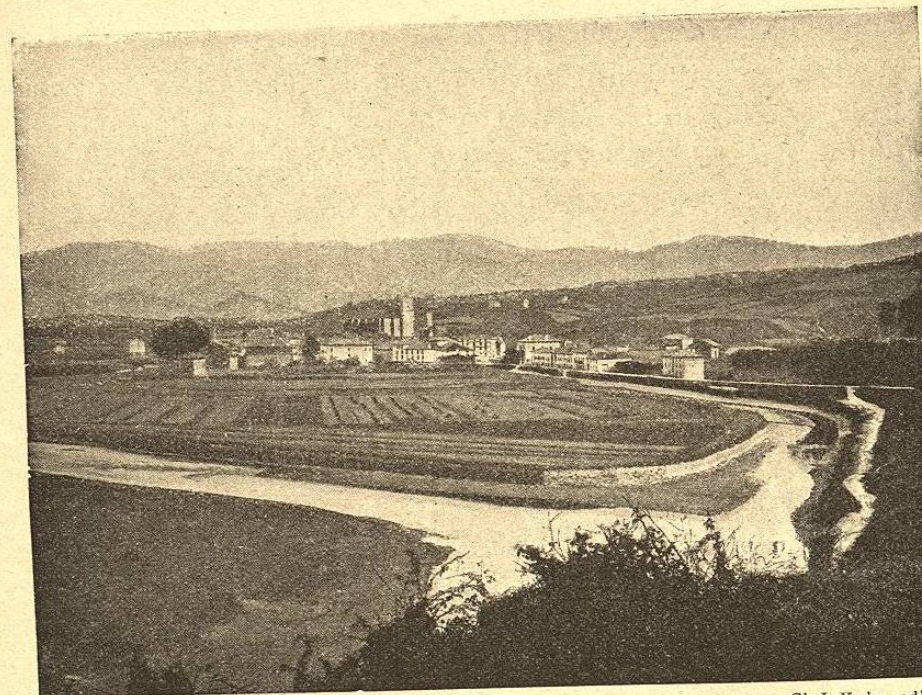
lectivo sobre el suelo y se administraba él mismo: el señor feudal no podía apoderarse de él de golpe. Del mismo modo que en la antigua Galia, el Romano había de dirigirse á la ciudad municipal reivindicando sus fueros, eligiendo sus cónsules, invocando sus tradiciones de libertad, así también en Germania el señor tuvo frecuentemente que comenzar por pedir apoyo á las gentes de la gleba antes de poder someterles á servidumbre. Cuando el soberano enviaba su lugarteniente á alguna villa, los labradores iban delante de él llevando en una mano un ramo de flores y en la otra un puñal ó un cuchillo, preguntando al embajador cuál sería su ley, la de la villa ó la del amo¹: en el primer caso sembraban de flores el paso del enviado y le acompañaban al festín de honor con cantos y gritos de alegría; si no, se formaban en batalla y defendían la entrada de sus cabañas. Hasta los legistas de Carlomagno hubieron de confirmar esos derechos fundamentales de la comunidad aldeana: la autonomía se conservó á pesar de todo, y en muchas comarcas con suficiente energía para que el grupo de campesinos se encargase de su propia defensa contra los invasores, Normandos, Hunos ó Arabes, y de construir murallas para transformar las villas en ciudades: el municipio urbano nació así en gran parte por el desarrollo del municipio aldeano.

Donde quiera nacían repúblicas urbanas en el seno del feudalismo, la ciudad se establecía con mayor solidez en su libertad municipal si se componía de una agrupación de aldeas ó de caseríos que conservaban su personalidad como productores, mercaderes y consumidores asociados. En Venecia, cada uno de los islotes fué durante mucho tiempo una comunidad independiente, que adquiría aparte los víveres y las primeras materias para distribuirlos entre los asociados. Del mismo modo las ciudades lombardas estaban divididas en barrios autónomos. Siena se hizo famosa en la historia por las rivalidades y las alianzas, las enemistades y las reconciliaciones de las veinticuatro pequeñas repúblicas yuxtapuestas en la gran república urbana. Alrededor de la mayor parte de las ciudades del centro y del norte de Europa, las «vecindades» constituyeron otros

¹ F. Dahn, *Urgeschichte der germanischen und romanischen Völker*, citado por Pedro Kropotkine en *L'Entr'Aide*, p. 178.

tantos submunicipios distintos que gravitaban hacia el gran municipio; en Roma, cada calle de la ciudad tenía su personalidad autónoma¹.

La antigua Londres antes de la conquista normanda fué una aglomeración de pequeños grupos aldeanos dispersos en el espacio



Cl. J. Kuhn, edit.

VILLA DE RENTERÍA EN GUIPÚZCOA

cerrado por las murallas, teniendo cada grupo su vida y sus instituciones propias, guildas, asociaciones particulares, oficios, unidos de una manera poco sólida al conjunto municipal².

La ciudad de la Edad Media normalmente constituida nos aparece como el producto natural de los elementos de asociación: en primer término el de los individuos agregados según sus intereses de profesión, de ideas, de placer; después el de las vecindades, de los barrios, pequeñas unidades territoriales que no debían ser sacrificadas al centro de la ciudad. De ese modo la ciudad tipo era una federación de barrios y de profesiones, á la vez que ésta era una asociación de ciudadanos. Por extensión había municipios ur-

¹ Ernest Nys, *Recherches sur l'histoire de l'Economie politique*, ps. 34, 35.

² R. Green, *Conquest of England*.